

«senio, y por lo tanto no puedo heredarle.» Aquel varon eminente, que habia visto todo lo mas halagüeño que ofrece el mundo, estaba de tal modo disgustado de él, que cada año solemnizaba el dia en que Dios le habia hecho la gracia de retirarse del siglo; su modo de celebrarlo era comulgar, dar limosna á tres pobres, comer unas cuantas legumbres cocidas, y dejar su celda abierta para cuantos solitarios le visitasen ¹.

Nada podia compararse con su humildad sino su mérito; con un gran fondo de ciencia, con un buen decir poco comun, con un exterior imponente por su talla elevada, por sus cabellos y por su larga barba que le llegaba hasta la cintura, tenia toda la reserva y modestia de los solitarios mas jóvenes. Cierto dia en que consultaba á uno de los antiguos Padres, anciano virtuoso, pero muy sencillo, uno de los hermanos le dijo: «Padre Arsenio, ¿cómo recurris á semejante guia, vos que posees todas las ciencias de los griegos y de los romanos?» Á lo que contestó: «Sin duda que he estudiado mucho las ciencias de Roma y de Atenas, mas ignoro hasta el alfabeto de las de los Santos, en las que este buen Padre es mi maestro consumado.»

Para ejercitarse en la práctica de todas las virtudes, las que convierten al hombre en un ángel en la tierra, dirigiese con frecuencia esta pregunta tan celebrada despues: «Arsenio, ¿por qué has abandonado el mundo, y por qué has venido aquí?»

Cincuenta años habia que aquel grande expiador de los crímenes del mundo, aquel sublime intercesor de la Iglesia cerca de Dios, cumplia, entre lágrimas y penitencias, su elevada mision, llenando los desiertos con la luz de sus ejemplos, cuando Dios le llamó para recompensarle. El temor del juicio de Dios le hizo derramar llanto, mas no turbó el reposo de su alma hermosa; el abad Pastor, testigo de su muerte, exclamó: «¡Dichoso Arsenio por haber llorado sobre sí mismo mientras ha estado en la tierra! Los que no lloran en esta vida, llorarán eternamente en la otra.» Arsenio murió en 449 á la edad de noventa y cinco años.

A medida que aumentaban los desórdenes, las revoluciones y los crímenes del mundo, Dios, que equipara siempre los medios de defensa á los ataques del enemigo, poblaba los desiertos de una multitud siempre creciente de santos solitarios: en aquella época debe

¹ In ejus vita.

fijarse la fundacion de las *lauras*, tan célebres en todo el Oriente como gratas al corazon de los cristianos; para formarse de ellas una idea, figuraos en medio de una dilatada soledad un vasto terreno de forma circular, cuyo centro está ocupado por una iglesia donde reside el Dios del cielo, y cuya circunferencia fórmanla numerosas celdas, aisladas unas de otras, y habitadas por solitarios, ó mas bien por ángeles.

Las primitivas fueron fundadas á algunas lenguas de Jerusalem, y á orillas del Jordan, en aquellos lugares cuyos ecos resonaban aun con la voz de los Profetas, de Juan Bautista y del divino Maestro, siendo otra de las mas célebres la de san Gerásimo.

Edificada en el año 440 á un cuarto de lengua del Jordan, componiase de setenta celdas; los religiosos, si bien se mantenian solos en sus celdas durante cinco dias de la semana, no tomando por todo alimento sino pan, agua y unos pocos dátiles, vivian en sociedad y bajo la obediencia de un superior: los sábados y domingos concurrían todos á la iglesia, cantaban en comunidad alabanzas á Dios, participaban de los santos misterios, comian juntos algun manjar cocido y bebían un poco de vino; mas despues de las Vísperas del domingo volvían todos á sus celdas, llevándose pan, agua y dátiles para alimentarse durante los cinco dias que debían permanecer solos. Sus ocupaciones eran el trabajo manual y la oracion, no pudiendo jamás encender fuego, ni aun lámparas para leer por las noches; era igualmente una ley entre ellos, que al salir de sus celdas dejasen las puertas abiertas, á fin de indicar que nada poseían en propiedad, y que sus hermanos podían disponer de sus escasos muebles, perpetuando así el espíritu de caridad de los primeros cristianos. San Gerásimo murió en el año 475 ¹.

En los desiertos, así de Oriente como de Occidente, encontramos á cada paso vida tan perfecta; oigamos á un testigo presencial, á san Juan Crisóstomo, al describir la vida de los anacoretas que habitaban en las montañas vecinas de Antioquia.

«Levántanse, dice, al primer canto del gallo y á media noche; despues de recitar los Maitines y las Láudes, ocupanse, cada uno en su celda, en leer la Escritura ó en copiar libros; luego se dirigen todos á la iglesia para recitar Tercia, Sexta, Nona y Vísperas, volviendo en seguida á sus celdas silenciosamente. Jamás cam-

¹ Helyot, t. I, pág. 164.

«bian entre sí la menor palabra; su conversacion es con Dios, con los Profetas y los Apóstoles, cuyos divinos escritos meditan de continuo.

«Su alimento consiste en un poco de pan y de sal; algunos añaden un poco de aceite, y los enfermos una escasa cantidad de yerbas y de legumbres; terminada la comida, toman algunos instantes de reposo, según uso de los orientales, y vuelven á sus trabajos, que consisten en hacer cestos y cilicios, en cultivar la tierra, en cortar los bosques, en preparar la comida, en lavar los pies á los huéspedes, á los que sirven con suma caridad, sin examinar si son ricos ó pobres: una estera extendida en el suelo les sirve de cama, y sus vestidos están formados con pelo de cabra ó de camello, ó con pieles trabajadas tan groseramente que el mendigo más miserable se negaría á cubrirse con ellas.

«Sin embargo entre ellos los hay nacidos en el seno de la opulencia y crecidos entre todas las comodidades, lo cual no impide que todos vayan descalzos, que no posean nada en propiedad, y que se haga un fondo comun que se destina á las necesidades indispensables de la naturaleza: es cierto que suceden en las herencias de sus padres y parientes, pero únicamente para distribuirlas entre los pobres, y al mismo uso destinan cuanto pueden ahorrar sobre el producto de su trabajo. Entre todos no tienen más que un corazón y un alma; jamás se les oye pronunciar los nombres de *tuyo* y de *mío*, inventados por el espíritu de propiedad, y que tantas veces destruyen los lazos de la caridad; en sus celdas reina una paz inalterable y una alegría pura que en vano se buscaría en las más envidiadas posiciones del mundo.

«Los anacoretas terminan la oracion de la tarde con severas reflexiones sobre el juicio final, á fin de excitarse á la vigilia cristiana y prepararse más y más para dar al Señor la rigurosa cuenta que todos le debemos¹.»

San Crisóstomo observó siempre esta práctica, cuya utilidad le habia demostrado la experiencia, y la recomienda eficazmente en sus obras, lo mismo que la del examen vespertino. ¿No es verdad que no será su ejemplo perdido para vosotros?

El mundo no solo necesitaba de aquellas legiones de poderosos

¹ Lib. II *De Compunct.* pag. 182. Homil. LXXII in Matth.; lib. III *contra Vitup. vitæ monast.*, c. 14

intercesores para defenderse contra los incesantes ataques de los herejes, sino tambien para salvarse de las invasiones de los bárbaros. Los primeros, más crueles que los hunos y los vándalos, habian asaltado el redil del Señor.

En el año 431, el concilio de Éfeso, tercero ecuménico, condenó á Nestorio, el cual pretendia que la santísima Virgen no era madre de Dios, y la decision del concilio, presidido por san Cirilo de Alejandria en nombre del papa Celestino, fué recibida por todos los fieles con unánimes aclamaciones; sin embargo, el demonio, autor de todas las herejias, no tardó en inspirar á Eutiques, quien sostuvo que solo habia en Jesucristo una sola naturaleza. Gracias al celo de san Leon, reunióse en Calcedonia un concilio general, compuesto de seiscientos obispos y presidido por los legados de la Santa Sede: inauguróse la asamblea con la lectura de una carta en la cual el Sumo Pontífice explicaba claramente la doctrina católica sobre el misterio de la Encarnacion atacado por Nestorio y Eutiques; y apenas los Padres se hubieron enterado de ella, cuando exclamaron unánimemente que habia sido dictada por el Espíritu Santo, que Pedro habia hablado por boca de Leon, y que debia servir de norma á toda la Iglesia. En la epistola sinodal que los Padres de Calcedonia dirigieron á san Leon despues de la celebracion del concilio, le ruegan que confirme sus decisiones, y le dicen: «Nos habeis presidido, como la cabeza preside á los miembros.» El santo Pontífice confirmó todos los decretos relativos á materias de fe, los que fueron recibidos con gran respeto por toda la Iglesia. El concilio de Calcedonia es el cuarto general.

Mientras que san Leon rechazaba con una mano los ataques de los herejes, detenia con la otra á los bárbaros que invadian el imperio. En efecto, vemos en el siglo V salir del Norte de Europa y de Asia innumerables hordas de semisalvajes, las cuales, precipitándose sobre el imperio romano, conmuevenlo por todas partes, apodéranse de sus más bellas provincias, pasan á cuchillo á los habitantes, y plantan sus movibles tiendas sobre las ruinas de los palacios y de las ciudades; en el año 408, los alemanes se establecen á orillas de Rhin, desde Basilea hasta Maguncia; los borgoñones ocupan la Suiza y todo el país que se extiende hasta el origen del Sena y del Loira; los vándalos asolan las Galias, no tardando está floreciente comarca en verse cubierta de ruinas y de devastacion: terminada su destructora obra, los mismos bárbaros entran en Es-

paña cual torrente impetuoso, y fundan allí un establecimiento á expensas de los romanos.

La Providencia lo permitia de este modo, por dos razones: la primera, á fin de castigar á la antigua sociedad gentilica que se habia embriagado con la sangre de los Mártires, que habia dominado el mundo por espacio de tantos siglos, y que á pesar de las repetidas predicaciones de los cristianos habia cerrado los ojos á la luz del Evangelio; y la segunda, á fin de hacer pasar la antorcha de la fe á nuevos pueblos que se aprovecharian de ella. Tal es la invariable conducta del Señor; cuando un pueblo rehusa convertirse, lo abandona, y llama á otro que llena de gozo á la Iglesia por su docilidad; el pueblo abandonado no tarda en ser castigado, y su ruina y sus desgracias, que son un monumento de la justicia de Jesucristo, contribuyen al afianzamiento de su imperio.

Entre los terribles guerreros que durante el siglo v sembraron el terror y la desolacion en el imperio romano, hubo dos cuyo solo nombre espanta todavía, y fueron Alarico y Átila.

Alarico, rey de los godos, arrojóse sobre la Italia como un torrente que ha roto sus diques, y desoló cuanto se opuso á su paso, hallándose á las puertas de Roma en el año 410; y aquella orgullosa ciudad, la soberbia señora del mundo, despues de sufrir durante un prolongado sitio todos los horrores del hambre, fué tomada entre las tinieblas de la noche, y abandonada por el vencedor á la discrecion de sus bárbaros soldados, presenció la mas horrible devastacion que vieron los siglos; únicamente se salvaron los que se habian refugiado en las iglesias de San Pedro y de San Pablo. El fuego unióse al saqueo y al asesinato; el estrépito de los edificios que se desplomaban devorados por las llamas; los insultos, los gritos, el espanto, los tormentos, producian por todas partes una horrible confusion, y como si el cielo se hubiese armado tambien para castigar á la Babilonia culpable, una furiosa tempestad completó los horrores de los godos; los rayos incendiaron varios templos, y redujeron á cenizas aquellos ídolos, antes adorados y conservados por los emperadores cristianos para adorno de la ciudad. Así perdió Roma en un solo día la hermosura que la hacia la primera ciudad del universo, quedando para siempre mancillada la majestad del nombre romano.

La Religión, que ya esta vez libró á Roma de una entera ruina, la salvó de nuevo de los furiosos de Átila, y bien puede decirse que

los Papas fueron los conservadores de la ciudad eterna. Átila, rey de los hunos, despues de haber pasado el Danubio y el Rhin al frente de un innumerable ejército, penetró en las Galias á sangre y fuego, y se dirigió hácia Italia; enviado por Dios para castigar la molicie y la corrupcion de los decrepitos romanos, tenia la conciencia de su terrible mision, y en sus cartas se titulaba *el espanto del universo y el azote de Dios*¹; acostumbrando decir que las estrellas caian en su presencia, que la tierra temblaba bajo su planta, y que era un martillo para el universo entero². Por espacio de veinte años destruyó las ciudades y los tronos, y distribuia entre sus soldados la mayor parte de las riquezas que arrebatava de los palacios de los reyes, pues descansaba de sus expediciones en una cabaña, y servianle la comida en un plato de madera. Átila era de pequeña estatura, pero muy robusto; tenia la voz fuerte y sonora, y los reyes que arrastraba tras sí decian no poder soportar la severidad de sus miradas.

Durante la primavera del año 452, Aquilea, Milan y todas las ciudades de la alta Italia caen con estrépito á los repetidos golpes del Bárbaro; las legiones romanas huyen espantadas, y el devastador torrente se dirige contra Roma con una rapidez siempre creciente, cuando san Leon halla en su fe el valor de oponerle un dique: parte, Roma entera le acompaña con sus oraciones, y el día 11 de junio de 452 llega al campo de Átila, establecido cerca del lago de Garde, á orillas del Mincio, no léjos de la actual ciudad de Pechiera. Al llegar aquí afrécesele á la imaginacion uno de los mas grandes espectáculos que le sea dable concebir; la barbarie y la civilizacion, el Cristianismo y el Paganismo, el hombre de sangre y el hombre de Dios, la fuerza moral y la fuerza material, en una palabra, Leon y Átila están frente á frente; ¿quién de los dos triunfará? Para contestar, preciso es traer á la memoria que el Dios que vela por la Iglesia es el mismo que dijo al mar: «Hasta aquí llegarás, y aquí, un grano de arena humillará el orgullo de tus olas.» Al ver á Leon el Bárbaro permaneció inmóvil, mudo, y solo recobra la palabra para decir á sus oficiales admirados, que al lado del Pontífice ha visto á otro Pontífice lleno de majestad, que le amenazaba de muerte si no obedecia á Leon; Átila, aterrorizado, manda la

¹ Metus orbis et flagellum Dei.

² Stellis præ se cadere, terram tremere, se malleam esse universi orbis.

retirada, retrocede, y abandona la Italia. Tres años despues, en 455, el mismo Pontífice salvó á Roma por segunda vez, pues habiéndose apoderado de la ciudad Genserico, rey de los vándalos, suplicóle que prohibiese á sus tropas el incendio y el derramamiento de sangre, lo que le fué concedido¹.

En aquel mismo tiempo, una pastora, santa Genoveva, libraba á Paris de los furios de Átila, habiendo obtenido del cielo con sus fervientes oraciones que no entrase en la ciudad el bárbaro conquistador. Así es como Dios da en todos tiempos defensores á su Iglesia y á los pueblos hijos de la misma; defensores de la fe, de la vida y de la civilizacion á quienes hoy el mundo desprecia.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los insignes ejemplos de virtud que nos disteis en las personas de san Arsenio, de san Jerónimo y de san Juan Crisóstomo; hacednos la gracia de que imitemos su humildad y su caridad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me preguntaré con frecuencia: ¿Por qué soy cristiano?

¹ Véase este hecho en las *Tres Romas*, t. III, pág. 544 y sig.

LECCION XXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLOS V Y VI).

Juicio de Dios sobre el imperio romano. — La Iglesia propagada: conversion de la Irlanda; conversion de los franceses; santa Clotilde. — Continuacion del juicio de Dios sobre el mundo antiguo. — La Religion salva las ciencias y crea una nueva sociedad. — San Benito; poder de su Orden; servicios que presta á la Europa. — La Iglesia alligada en Oriente: violencia de los Eutiquianos; — defendida: quinto concilio general.

A pesar de los esfuerzos de los santos Doctores y de las oraciones de los solitarios, los herejes y los antiguos gentiles continuaban cerrando los ojos á la luz, y los sectarios hacian grandes esfuerzos para aumentar sus filas: estos hombres se habian hecho indignos de la verdad, y la justicia de Dios arrebatándoles la sagrada antorcha que en su divina misericordia les presentara, la llevó á otros pueblos, pues la Iglesia nada puede perder, y nuevos hijos la consolarán siempre de la apostasia de los que la abandonan.

De repente conmuévase el Norte de la Europa y del Asia; é innumerables enjambres de pueblos bárbaros acuden á recoger el precioso maná de la verdad que el Gentilismo desprecia; su doble mision consiste en castigar al imperio romano por su ingratitud, por sus crímenes y por su tenaz rebelion contra el Cordero dominador del mundo, y consolar á la Iglesia, convirtiéndose para ella en otros tantos hijos, modelo de docilidad. Empiezan por ejecutar la primera, y el inmenso coloso que por tanto tiempo llenara el mundo, y que hubiera durante tres siglos la sangre de los Mártires, cae á sus golpes, gritando los esparcidos miembros de su cadáver á los siglos venideros: «De este modo perecerán los imperios que digan: «No quiero que el Cristo reine en mí.»

Establécense los bárbaros sobre las ruinas del mundo antiguo, y presentase á ellos la amable hija del cielo, la religion de la caridad: su dulce voz de madre hiere los oidos de los indomables vencido-